

I



Puerto Rico. Marta Pérez. EVOLUCION DE LAS FIERAS, Oleo sobre tela, 90 X 60 centímetros. Participante del V Salón de Arte Popular "Salvador Valero". Estado Trujillo, Venezuela.

LA LITERATURA DEL CARIBE Y NUESTRA AMERICA

Nelson Osorio T.

The Literature of the Caribbean and Our America

ABSTRACT:

This article discusses the existence of a hidden popular culture in Latin American which, in a vague and general way, is described as Caribbean or "tropical", and which may be the expression of what is most essentially American, which our educated culture cannot digest. What is Caribbean would thus be what distinguishes us from Europa. At the same time, and being aware of the differences between the Caribbean and Latin America, we cannot forget that they both belong to America, and it is urgent to define their relationship in order to constitute "our America". Literary studies should thus seek for a more integrated vision.

Un hecho sociocultural interesante ofreció la recepción que tuvo la novela de Gabriel García Márquez, **El amor en tiempos del cólera** (1985). Mientras en amplios medios de la población (sobre todo entre los jóvenes y los estudiantes) se la leyó con entusiasmo y se comentó y difundió, en el sector que responde a lo que pudiéramos llamar la cultura ilustrada, las opiniones se dividieron ásperamente.

Esto a mi juicio, es explicable. La formación de este último sector es programáticamente exógena, por lo que tiende más a una integración pasiva con la llamada **cultura occidental** que con la realidad inmediata del mundo que habitamos. Y de algún modo Florentino Ariza, el personaje central de la novela, es un anti-Werther, un personaje desopilante (en el doble sentido del término) que rompe con el paradigma de amor "occidental" que Denis de Rougemont diseñara en su ya clásico estudio.

Lo que ocurre es que los modelos no sólo del pensar, sino del sentir y del amar, nos son proporcionados por una tradición europea occidental y en ellos se encauza también tradicionalmente nuestra cultura ilustrada. La colonización directa primero, indirecta o encubierta después y hogaño, hacen que esa tradición se haya hecho también parte (sí, parte) de nuestra cultura. Pero hay —con diversas raíces y orígenes— otros elementos que también y con creciente fuerza van dibujando el rostro de una cultura y una identidad propias de esta América, cultura e identidad que no encuentran cauce pleno en los modelos de expresión que impone la cultura ilustrada, manifiestamente europeoide.

De allí que entre nosotros se haya ido desarrollando paralelamente otra tradición cultural, una tradición soterrada, popular, que crea otras modalidades, a veces vicarias, "en busca de nuestra expresión", como diría Henríquez Ureña. Formas soterradas que si bien no alcanzan a menudo el prestigio social de las primeras, tienen vigencia en sectores menos intelectualizados en momentos en que no oficiamos de intelectuales, de "cultos", de ilustrados. El bolero, por ejemplo.

Esta especie de doble estatuto de nuestra realidad cultural es lo que de algún modo se articula en este anti-Werther caribeño que

se llama Florentino Ariza en la última novela de García Márquez. Y pocos vacilan en definir como **caribeño** a este personaje. Porque es precisamente ese algo irreductible a la retícula de nuestra cultura ilustrada lo que a menudo —un poco negligentemente y, desde luego, en forma inadecuada— calificamos como “lo caribeño” de nuestra realidad (más al Sur suele decirse “lo tropical”, con similar connotación, pensando siempre, sabe Dios por qué, sólo en el Trópico de Cáncer y en su segmento americano). Como “caribeño” (o “tropical”) catalogamos aquello que la parte europeo-occidental de nuestra tradición no suele digerir con cartesiana comodidad.

Pero, ¿es ésta una novela caribeña, ¿pertenece a la literatura del Caribe? Un continental, sudamericano, colombiano y blanco a mayor abundamiento, puede ser considerado un escritor caribeño?

Para quienes usan la expresión “América Latina y el Caribe” como una distinción taxonómica, este caso sería problemático, ya que o se es **latinoamericano** o se es **caribeño**. Para quienes queremos darle a esa misma expresión el carácter de una nominación integradora, la realidad es distinta: si bien las culturas del Caribe tienen elementos y rasgos propios, distintivos, tienen también rasgos comunes con las demás culturas de este conjunto que Martí denominará “Nuestra América”. Y América Latina y el Caribe no son sino dos partes integrantes de la realidad de nuestra América.

Porque cuando Martí hablaba de “Nuestra América” no estaba tanto refiriéndose a una realidad empírica, sino definiendo un proyecto, un desideratum. Esa América que los invasores desmembraron y quisieron convertir en un conjunto balcanizado de enclaves de sus metrópolis, debe asumir conciencia de su identidad

de condición histórica e integrarse y construirse como una realidad propia y nueva.

Para quienes nos dedicamos al estudio de la literatura de nuestra América, en la misma medida en que asumimos este estudio como parte de un proyecto de autoconocimiento e identificador, se nos plantea cada vez con mayor urgencia la necesidad de articular estos dos pulmones con que debemos respirar los aires universales. Si encuentro mi propia atmósfera en José Soler Puig cuando leo **Un mundo de cosas**, no siento dar un salto al meterme en **El astillero** de Onetti, y tampoco (salvo el idioma si leo **The Castle of my Skin**, de George Lamming. Y Cuba, Uruguay y Barbados se me integran en esta literatura nuestra. Tampoco puedo dejar de pensar que el Gérard de la novela **Sena** (1905) del haitiano Fernand Hibbert está tallado en la misma madera que el Julián de **Todo un pueblo** (1899) de Miguel Eduardo Pardo y que ambos son parientes ideológicos del Alberto Soria de **Idolos rotos** (1910) de Manuel Díaz Rodríguez. Y así, las relaciones y contactos podrían darnos un amplio friso rico en modulaciones de la misma expresión de nuestra América. Porque por sobre las diferencias particulares y nacionales, existen veneros subterráneos que nutren una misma realidad unificadora de estas dos vertientes de nuestra totalidad.

Por eso no es raro que hoy los latinoamericanos busquemos integrar el conocimiento del Caribe a nuestros estudios. No tanto, tal vez, para “conocer las literaturas del Caribe”, para conocerlos, sino para conocernos, para identificarnos en esta verdadera patria grande, la “magna patria” que decía Rodó, nuestra América.

El pulmón latino y el pulmón Caribe (por así llamarlos) son los que articulados, funcionando juntos y acordados, nos darán respi-

ración plena, adulta y madura. El mundo del Caribe y el mundo continental latino deben articularse, porque de ese proceso depende en gran medida la constitución de una América nuestra, parte integrante de la humanidad.

Sin que se pierdan las dimensiones nacionales y/o regionales, debemos construir para nuestras literaturas una dimensión más amplia y más integradora, como literatura de nuestra América. En esta perspectiva, el conocimiento de las literaturas del Caribe se nos presenta como una necesidad no atendida, no enfrentada, pero absolutamente indispensable de conocer e integrar en la cultura global de esta América. Hacerlo será una importante contribución a la tarea urgente de conocernos e integrarnos, para ser más plenamente nosotros mismos: caribeños insulares, caribeños continentales, sudamericanos, hombres, en fin, de "nuestra América", en función del proyecto de hacer esta América verdaderamente nuestra, como un modo de ser nosotros mismos haciendo nuestra propia historia.

Jamaica

Allan Johnson "Zion"

STREET MEETING, Esmalte sobre cartón, 60.5 X 61 centímetros.

Mención honorífica del V Salón de Arte Popular "Salvador Valero".

Estado Trujillo Venezuela

